

# Un girón de memoria

Mariana Bernárdez

EN LOS ANIVERSARIOS se suelen hacer cuentas sobre lo hallado y lo perdido, la nostalgia invade los entresijos de la palabra y pareciera que en este movimiento la memoria borra el rastro de lo diario, aquello que ayudaría a puntualizar lo nimio, pero lo que resta es una presencia fotográfica de lo vivido con los otros, su viveza es tal, que sigue otorgando un sentido singular a esos años. Eso es lo que me sucede cuando evoco mi estancia en el Departamento Editorial, de la entonces Dirección de Difusión Cultural a cargo de Bernardo Ruiz, ubicada en la Galería Metropolitana. Diría que fue una etapa donde la celeridad fue nota distintiva en el país, en la propia Universidad, y sin duda, en mi vida.

El retomar proyectos de varias colecciones como el Cartel de poesía y de Grandes Hombres, Cultura Universitaria o Molinos de Viento, Serie Mayor y Serie Menor, aunado a la propuesta de otros como Postales, Cuadernos de la Memoria o el de Divulgación de la ciencia, Cuando yo sea grande, por mencionar algunos, significó consolidar una visión integradora que abarcaba desde la defensa de los derechos autorales hasta la comercialización de las publicaciones. No obstante, los alcances del proyecto editorial eran más vastos, puesto que se articulaban hacia otras áreas como artes plásticas, artes escénicas y actividades diversas a través de los centros de educación continua como Casa del Tiempo o la Casa de la Primera Imprenta de América y las unidades.

Sin duda, el corolario del registro de este quehacer institucional con el entorno cultural fue cada uno de los números de la revista *Casa del tiempo*, de ahí su importancia emblemática y su continuidad a través de los años, no





sólo como foro de discusión, sino como reflejo veraz del fluir de la historia. Escritores, científicos y pensadores han trazado desde entonces su perfil: Dolores Castro, Eugenio Aguirre, Mariana Frenk, Vicente Quirarte, Angelina Muñiz-Huberman, Otto Raúl González, Claudia Hernández del Valle Arizpe, Neftalí Coria, Yolanda de la Torre, Arturo Roblest, Jaime Augusto Shelley, René Avilés Favila, Manuel Núñez Nava, Martha Papadimitriou, Antonio Luque, Antonio Marquet, Verónica Volkow, Humberto Martínez, Álvaro Ruiz Abreu, Guillermo Almeyra, Regina Swain, Agustín Cadena, Bárbara Jacobs, Roger von Gunten, Hernán Lara Zavala, Emmanuel Carballo, Mauricio Schöijet, Vladimiro Rivas, Javier Santiago Castillo, Alejandro Favela, Jenny Ostrosky, Jorge Graue, Raúl Renán, Carlos Montemayor, Luis Villoro, José de la Colina, Óscar Sarquiz, Adrián de Garay, Coral Bracho, Héctor Perea, Facundo Burgos y otros tantos más de igual valía.

El lector habrá notado que el recuento recae en lo que se podría considerar obvio, lo cierto es que cuando se ha participado en la elaboración de una revista y se la tiene en las manos nos sabemos ante un objeto que exige ser leído desde muchos ángulos, por ejemplo, el tipo de papel, la calidad de la impresión, la cantidad de tintas, la portada y contraportada, el diseño de interiores, las secciones, la tipografía, los articulistas, los balazos..., cada parte posee un significado, ¿responde en su conjunto a las demandas de un sentir social o fracasa en su articulación irremediamente para dar pauta a otra serie de directrices?

La nobleza del arte editorial es que toda tarea involucrada permite un aprendizaje innovador sobre cuestiones insospechadas. Una vez creído el dominio del área aparecen variables sutiles que suscitan el

asombro. Quizá lo que provoque más zozobra es “salir a tiempo”, lo que no implica cualquier salida ni cualquier tiempo, para quien dude del azar debería formarse en este funambulismo que le llevará a constatar que la casualidad es un elemento mínimo frente a este arte. Hacer una revista no es labor de uno solo y tampoco es cuestión de sólo planear números con anticipación con el comité editorial, es desarrollar la capacidad de responder a cualquier imprevisto, requiebre o contingencia, y ello es una destreza que el equipo de trabajo adquiere al paso de su ejercicio.

La discrepancia de opiniones, de gustos, de criterios se tornan piedra de toque porque deben tomarse en cuenta sus variables, ¿no acaso ése es precisamente el espíritu fundacional de la Universidad, la universalidad que da cabida a todas las voces? Debo decir que, en lo personal, la respuesta a este planteamiento se acercaba más a la zona de la ética y no tanto al ámbito de discusión sobre la norma editorial, ¿por qué? México vivía azuzado por vientos de cambio y ruptura, en ese momento era vital mantener un espacio que albergara una diversidad de opiniones que expresaran los últimos suspiros del milenio. Creo que sostener tal apertura en la revista ha sido un distintivo loable en sus diferentes etapas, pero que fue un denominador común claramente enfatizado por todos los que en ese momento participamos en su elaboración.

Me detengo en lo escrito y sopeso con premura si existe mayor holgura en la alternativa de una versión electrónica, ya que de forma natural se evita en mucho la paradoja inherente a la impresa: el espacio restringido obliga a una selección de temas, de autores, de ilustraciones, pero dicha limitación a su vez genera los números por venir y la expectativa en torno

a su contenido. Tal equilibrio siempre es precario, pero es sin duda el pivote que acciona la maquinaria de su creación. ¿Dónde iniciaban las primeras pulsaciones?, temprano en la mañana, cuando Bernardo y yo, mientras él tomaba su café y fumábamos, entablábamos la charla sobre tópicos múltiples que dibujaban los errores y los aciertos de ese discutir matutino: lecturas, proyectos de escritura, obras de teatro, diseño de invitaciones..., era temprano, antes de que el teléfono comenzara a darnos el toque de queda.

A veces nos reencontrábamos en la noche, me sorprendía que pudiera subir con tanta agilidad las escaleras hacia ese lugar que en el verano sufría el clima del desierto gracias al domo que domina la arquitectura de la Galería. Recuerdo que durante el día las altas temperaturas nos tenían peleando por los ventiladores, y a la caída de la tarde, afiebrados por el conjunto del trabajo, los pendientes, el cierre, la nómina, la prueba de color de portada, la revisión de galeras, la diagramación, la entrega de ejemplares, el reporte de los puntos de venta y cualquier minucia que ocurriera, la mordedura del aire se volvía incisiva. Poco a poco iban llegando los otros, comentábamos alguna situación graciosa, hablábamos en voz alta, se hacían las últimas anotaciones y dábamos fin a esa primera jornada que empataba con la siguiente conformada por presentaciones de libros, inicio de temporada de teatro, apertura de seminarios y coloquios, inauguración de exposiciones y lo que se hubiera imaginado para la semana.

Repaso aún de la distancia algunos nombres y rostros que entretejían lo cotidiano: Teodoro, Cristina, Lourdes, Carmen, Citlalli, Dora Luz, Manuel, Raúl, Rafael, Gonzalo, Liliana, Fermín, Rosalía, Alejandro, Hilarión, Chivis, Regina, Isabel, Ivette..., personas con historias propias que incidentalmente terminamos urdiendo juntos los hilos de una revista que alentaba lo mejor de nosotros. Quede constancia de lo hecho y lo vivido. Treinta años de un proyecto sustantivo al mosaico cultural del país creo son motivo de celebración y coyuntura frente a un mundo consumido por el vértigo. Por ventura sea ello compromiso para postular su permanencia entre nosotros y las generaciones venideras, sean sus páginas albor y resguardo de un pensamiento que continúe enalteciendo que la UAM es y seguirá siendo una casa abierta al tiempo. 

